



Revista de Estudios de Género. La ventana

ISSN: 1405-9436

revista_laventana@csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

Carrillo Trujillo, Carlos David; Revilla Fajardo, Jorge A.
Masculinidad entre padres (madre y padre) e hijos
Revista de Estudios de Género. La ventana, núm. 23, 2006, pp. 95-126
Universidad de Guadalajara
Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88402306>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Masculinidad entre padres (madre y padre) e hijos

Carlos David Carrillo Trujillo y
Jorge A. Revilla Fajardo

La sociedad propone intelectualmente los valores de igualdad, libertad y autonomía, que explícita o tácitamente están plasmados en la Constitución Política de la República Mexicana. Estos valores, sin embargo, no se traducen aún en comportamientos y políticas congruentes con tales conceptos. La más viva prueba de ello se encuentra en cada una de las familias, en la manera en que se sigue formando a niñas y niños.

Aunque se reconoce que las cosas están cambiando, un alto porcentaje de niñas y niños continúa aprendiendo, desde muy temprana edad, que el mundo de la mujer es la casa y la casa del hombre es el mundo. De acuerdo con este guión socialmente determinado, los varones juegan a ver quién es el más fuerte y audaz, el más hábil y valiente, el más capaz de desafiar las normas establecidas y salirse con la suya (Káiser, 2004). Es decir, aprenden a jugar a “ser hombres” y se supone que todo ello afianza la masculinidad tal como la sociedad la percibe (Callirgos, 2004).

A las niñas, por su lado, se les induce no a jugar a “ser mujeres” sino a jugar a “ser madres”, y se les proveen los implementos necesarios: muñecas, ollitas y planchas diminutas que les permiten des-

empeñar el papel que se les asigna para beneficio de la comunidad en su conjunto: el de amas de casa, esposas y madres (Jordan, 1999).

Como sociedad aún no se analiza ni aprecia en toda su magnitud el daño que se causa a niños y niñas a través del rígido condicionamiento que se les impone. Es esta falta de análisis y apreciación lo que mantiene un modelo de formación nocivo y potencialmente destructivo, producto de acciones y actitudes que niegan otros valores vitales para la convivencia. Valores tales como la ética, la solidaridad, el reconocimiento mutuo, así como el respeto a la vida, a la individualidad y a la diversidad humana se dejan de lado; en cambio, se favorecen aquéllos que apoyan el sexismo, la violencia masculina y la desigualdad sexual.

Niños y niñas aprenden rápidamente acerca de su género y con ello se percatan de que se convertirán en hombres o mujeres. La familia, al ser el principal socializador, transmite lo que es una buena mujer o un buen hombre. De esta manera, la familia es uno de los principales forjadores de hombres y mujeres dando a cada uno de los integrantes de la misma un papel que deberán desarrollar, introyectar y posteriormente transmitir dentro de su propia familia. Esta identidad desarrollada a partir de los demás conforma y es parte del autoconcepto del sujeto. Una identidad bien desarrollada y acorde a las normas sociales promueve un bienestar psicológico favorable; sin embargo, una identidad “diferente” a la que uno fue socializado trae como consecuencia culpa, desorientación, tristeza y depresión.

La construcción del género

El construccionismo social es una forma de describir la concepción histórica, social, cultural y personal de la sexualidad y el género. Como Weeks ha señalado claramente (1998: 182),

...nuestra comprensión de las actitudes hacia el cuerpo y la sexualidad deben partir de su contexto social específico, del estudio de las variantes históricas y culturales que condicionan el surgimiento de ciertos atributos importantes, asignados en un periodo particular; además deben descubrirse las diversas relaciones. El construccionismo social se contrapone al “esencialismo”, postura que sostiene que hay una esencia genética u hormonal heredada por el individuo que determina gran parte de su comportamiento.

Sin embargo, esta postura esencialista ha pasado a la historia y ahora quizás nada más se maneje por cuestiones políticas, como señala Castañeda (2003).

La construcción social del género se considera como una construcción con carácter simbólico e histórico, lo que implica llevar a cabo una deconstrucción de las categorías tradicionales de género y otras dicotomías, refutando el concepto de individuo como naturaleza fija y esencial. Este proceso deconstructivo critica la necesidad de correspondencia entre género, sexo y orientación sexual, como práctica del discurso científico racional-analítico que ha lle-

vado a fijar una identidad sexual masculina o femenina específica y diferenciada de la del hombre-persona (Núñez, 2005 y Bourdieu, 2003).

“La visión microinteraccionista es un recordatorio de que las experiencias sociales cotidianas dan forma a la conciencia y definen las identidades individuales” (Coltrane, 1994: 34). Dicho de otra forma, no existe una manera única y excluyente de ser mujer u hombre, sino muchas maneras diversas de ser mujeres y de ser hombres en función no sólo del sexo de las personas, sino también de su grupo social, de su edad, de su ideología, de su capital cultural, de su estatus socioeconómico, de su orientación sexual, de sus estilos de vida y sus diferencias individuales; en definitiva, de sus maneras de entender (y de hacer) el mundo y de la naturaleza de las relaciones que establecen con los demás seres humanos.

El género no tiene en absoluto que ver con el lastre de una esencia natural, sino con el vínculo cultural entre género y poder. Como señala Badinter (1995) a propósito de la identidad masculina:

1. No hay una masculinidad única, lo que implica que no existe un modelo masculino universal y válido para cualquier lugar, época, clase social, edad, raza, orientación sexual, sino una diversidad heterogénea de identidades masculinas y de maneras de ser hombres en nuestras sociedades.

2. La versión dominante de la identidad masculina no constituye una esencia, sino una ideología de poder y de opre-

sión a las mujeres que tienden a justificar la dominación masculina.

3. La identidad masculina, en todas sus versiones, se aprende y por tanto también se puede cambiar.

La feminidad y la masculinidad son construcciones sociales de carácter cultural e histórico. “El poder se tolera sólo a condición de que enmascare a una parte sustancial de sí mismo. Su éxito es proporcional a su habilidad para esconder sus propios mecanismos” (Foucault, 1978: 86). En este contexto, la invisibilidad del orden simbólico masculino y de las identidades masculinas asociadas a él (la masculinidad hegemónica y dominante vinculada a la ideología del patriarcado) constituye la herramienta más eficaz de reproducción de las desigualdades de género en nuestras sociedades. Como subraya Bourdieu (2003: 22), “la fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya”.

De hecho, cuando en algunos estudios de orientación semiótica y sociológica sobre las identidades masculinas se subraya la idea de que las conductas masculinas no son innatas ni naturales, sino el efecto de un determinado aprendizaje cultural y de una determinada construcción social de la masculinidad, se está enunciando algo semejante a lo que los estudios feministas subrayaron en su

día, cuando mostraron que los comportamientos femeninos eran el efecto de una determinada socialización de las mujeres y, por tanto, al ser comportamientos socialmente aprendidos era urgente volver a pensar sobre las identidades femeninas, sobre las maneras diversas y plurales de ser y de sentirse mujer en la sociedad y sobre los cambios socioculturales que eran esenciales a fin de eliminar la dominación masculina y de favorecer una convivencia equitativa y justa entre los sexos. Sin embargo, es evidente que no puede producirse un cambio importante en uno de los géneros sin que el otro cambie y viceversa; es decir, “no podrá completarse un cambio en uno de los géneros si el otro no evoluciona también: la ruptura de la relación espectacular entre los géneros supone un conflicto y un desajuste social entre hombres y mujeres que exige un nuevo planteamiento de conjunto” (Subirats, 1999: 29). Señalar que la masculinidad (como la feminidad) es heterogénea y el efecto de un aprendizaje cultural y de una construcción social es especialmente oportuno desde un punto de vista educativo y político, ya que no todos los hombres ni todas las mujeres son iguales, y algunos (ciertamente aún no demasiados) tratan ahora de andar por otros caminos ajenos a los rumbos explorados por la sociedad patriarcal.

Pese a la dificultad de la tarea, urge contribuir a mostrar otras maneras de entender las identidades masculinas y femeninas como ajenas a los arquetipos viriles transmitidos por la cultura androcéntrica y a los arquetipos femeninos de sumisión y obediencia a lo largo de los siglos. Como señala Subirats y Brullet (1999), conviene que los hombres comiencen a desarrollar visiones diferentes de sí

mismos; en lugar de considerar que sus masculinidades están dadas, podría delinearse un sentido crítico de la cultura patriarcal que los ha alejado de los vínculos emocionales significativos. No es una tarea fácil, pero sigue siendo vital para el replanteamiento de las masculinidades.

En la medida en que la masculinidad es una práctica social tiene, según Connell (2003), un estrecho vínculo con las relaciones de poder, con las relaciones de producción y con la cathexis (o vínculos emocionales); en su opinión, el estudio de la masculinidad como práctica social debe tener en cuenta no sólo el género, sino también la clase social, la orientación sexual y la raza, factores que explican la opresión de la masculinidad dominante no sólo sobre las mujeres, sino también sobre otros hombres (los excluidos socialmente, los homosexuales, los negros...). Connell sitúa la masculinidad y la feminidad en sus contextos históricos, en el contexto de los cambios culturales del género y, por tanto, en el contexto de la acción social de las personas y de los grupos sociales.

En su estudio sobre masculinidad y teoría social, Seidler (2000) analiza cómo la urdimbre simbólica de la masculinidad ha permanecido oculta porque la masculinidad dominante ha creado la ilusión de que el hombre habla y actúa en nombre de la humanidad, legitimando desde un punto de vista moral y político la dominación masculina al convertir el discurso masculino en el discurso de la razón, del progreso y de la cultura frente al caos de las emociones y de la naturaleza encarnado en las mujeres. “La razón masculina se convierte así en una voz impersonalizada y objetiva, en una voz

que tiene autoridad porque no es de nadie, sino de toda la humanidad” (Seidler, 2000: 167). A partir de las aportaciones del feminismo, Seidler disecciona la sinrazón masculina y señala la necesidad de cuestionar la usurpación masculina de la razón liberal en su afán de erigirse en la única fuente de conocimiento del mundo y de invalidar los sentimientos, los deseos y los saberes de las mujeres a lo largo de la historia como fuentes legítimas y fiables de comprensión y de conocimiento del mundo.

Connell (2003) menciona que se requiere un modelo de estructura de género con, por lo menos, tres dimensiones, que diferencie relaciones de a) poder, b) producción y c) catarsis (vínculo emocional).

1. Relaciones de poder. El eje principal del poder en el sistema del género europeo/americano contemporáneo es la subordinación general de las mujeres y la dominación de los hombres —estructura que la liberación de la mujer denominó patriarcado—. Esta estructura general existe a pesar de muchas versiones locales (las mujeres jefas de hogar, las profesoras mujeres con estudiantes varones); persiste a pesar de las resistencias de diversa índole que ahora articula el feminismo y que representan continuas dificultades para el poder patriarcal. Éstas definen un problema de legitimidad que tiene gran importancia para la política de la masculinidad.

2. Relaciones de producción. Las divisiones genéricas del trabajo son conocidas en la forma de asignación de tareas,

alcanzando a veces detalles extremadamente finos. Se debe presentar igual atención a las consecuencias económicas de la división genérica del trabajo como al dividendo acumulado para los hombres, resultante del reparto desigual de los productos del trabajo social. Esto se discute más a menudo en términos de discriminación salarial, pero se debe considerar también el carácter de género del capital. Una economía capitalista que trabaja mediante una división por género del trabajo es, necesariamente, un proceso de acumulación de género. De esta forma, que sean hombres y no mujeres quienes controlan las principales corporaciones y las grandes fortunas privadas no es un accidente estadístico, sino parte de la construcción social de la masculinidad. La acumulación de la riqueza ha llegado a estar firmemente unida al terreno reproductivo mediante las relaciones sociales de género.

3. Cathexis. El deseo sexual es visto como natural tan a menudo que normalmente se le excluye de la teoría social. No obstante, cuando consideramos el deseo en términos freudianos, como energía emocional ligada a un objeto, su carácter genérico es claro. Esto es válido tanto para el deseo heterosexual como para el homosexual. Las prácticas que dan forma y actualizan el deseo son así un aspecto del orden genérico. En este sentido podemos formular interrogantes acerca de las relaciones

involucradas: si éstas son consensuales o coercitivas, si el placer es igualmente dado, recibido, compartido y disfrutado independientemente del sexo o del objeto sexual.

Para entender el género, entonces, debemos ir constantemente más allá del propio género. Lo mismo se aplica a la inversa, no podemos entender ni la clase ni la raza o la desigualdad global sin considerar constantemente el género. Las relaciones de género son un componente principal de la estructura social considerada como un todo, y las políticas de género se ubican entre los determinantes principales del destino colectivo.

Las estructuras de relaciones de género se forman y transforman en el tiempo y estas mismas transformaciones provocan, a su vez, cambios ferozmente complejos en las condiciones de la práctica a la que se deben adherir tanto hombres como mujeres. Nadie es un espectador de este cambio. Cada persona está comprometida en construir un mundo dentro de sus relaciones de género. Hombres y mujeres están encadenados a los modelos de género que han heredado. Sin embargo, ellos mismos pueden realizar opciones políticas para un mundo nuevo de relaciones de género. No obstante, esas opciones se realizan siempre en circunstancias sociales concretas, lo cual limita qué es lo que se puede intentar y qué no, donde los resultados no son fácilmente controlables.

El proceso de adquisición de la identidad de género —masculina, femenina— no se produce sólo enmarcada en la relación entre

padres (madre y padre) e hijos. En todo caso, los padres (madre y padre) no actúan en el vacío social; son mediadores de la sociedad en su conjunto. Por ello, en su relación con sus padres (madre y padre), los (las) niños(as) reciben un conjunto de mandatos sociales y la historia muestra que éstos pueden cambiar. Las sociedades no son entidades estáticas, por lo que las identidades tampoco lo son. Por otro lado, la identidad surge en un contexto de relaciones con otros: se adquiere la identidad conforme uno se identifica con otros, se asume distinto a otros y va comprendiendo el papel que desempeña ante ellos. En definitiva, no existe uno sin existir otros. La identidad social es un primer paso para la construcción del propio yo, de la identidad personal. Las relaciones que se establecen desde la infancia van formando la propia autoimagen. El yo se construye a partir de la internalización de imaginarios que dicen cómo se debe ser. Es introducido desde fuera.

No existe lo masculino y lo femenino de manera absoluta, sino más bien elaboraciones simbólicas —sociales, históricas— de ellos. Más allá de las bases biofisiológicas, las diferencias entre hombres y mujeres no son categorías cerradas, naturales, sino resultantes de construcciones sociales. A través de nuestra socialización, tanto a hombres como a mujeres se nos inhiben y potencian características humanas, delimitándose lo apropiado y exclusivo para hombres y lo apropiado y exclusivo para mujeres, dejando, así, poco espacio para la dualidad.

Muchas de estas diferencias se anclan en las funciones reproductivas de la mujer, anclaje necesario para la supervivencia social

y de la propia especie. Sin embargo, este anclaje podría ser mediatizado por la introducción de métodos de control de la natalidad, por la elección de no tener hijos, por la participación de los hombres en las tareas de crianza. La capacidad femenina de gestar y la necesidad de alimentación materna del recién nacido vinculan a las mujeres —por lo menos a un grupo considerables de ellas— a las funciones reproductivas domésticas y a los hombres a la protección y manutención de la familia. Por esto las sociedades elaboran preceptos y sistemas simbólicos para fomentar la heterosexualidad y características específicas, funcionales, para sus miembros machos y hembras. Es importante entender que muchas de estas condiciones sociales están relacionadas con esta determinación biológica.

No obstante, las maneras en que las sociedades simbolizan e interpretan las diferencias —las elaboraciones simbólicas respecto a lo que socialmente se construye como masculino y femenino y las formas en que se articulan las relaciones entre los géneros— cada vez son menos rígidas. Así, el artificio consiste en que todas las sociedades terminan “naturalizando” las diferencias socialmente construidas, atribuyéndolas a la naturaleza distintiva de machos y hembras de la especie.

Si los hombres, tan universalmente, deben pasar por pruebas para probar su masculinidad, es precisamente porque ésta no está determinada por la naturaleza: no se nace hombre, las sociedades cuentan con sistemas más o menos rígidamente establecidos para hacer hombres a la fuerza. Al ser la naturaleza insuficiente para acometer tal empresa, las sociedades establecen pautas, rituales, prue-

bas, sistemas de premios y castigos que incentivan la conducta agresiva y activa, inhibiendo los comportamientos pasivos.

Así, la primera fuente de identidad será la madre. El (la) recién nacido(a) se encuentra en una etapa de pasividad primaria y dependencia absoluta. Además de desarrollar su primera relación erótica con su madre, se identificará primariamente con ella: no se diferencia de ella, vive en un sentimiento de unicidad. Es la llamada simbiosis entre madre y recién nacido(a). La sensación de unidad, que proviene del hecho de formar parte de la madre, continúa al ser ella quien da de lactar. No es una necesidad biológica —los padres (varones) bien podrían cumplir con por lo menos buena parte de la labor— que la madre sea quien cuide a los bebés, lo que prolonga e intensifica el periodo de identificación primaria.

La identidad masculina, entonces, se adquiere en el proceso de diferenciación con la madre y el mundo femenino. Por ello, generalmente los machos aprenden lo que no deben ser para ser masculinos antes que lo que pueden ser. Muchos niños-varones definen de manera muy simple la masculinidad: lo que no es femenino. Todo esto en un contexto social que subvalúa lo considerado femenino, y en el cual el poder y la autoridad son considerados masculinos.

Casi nadie niega ya en el ámbito de las ciencias sociales que los seres humanos son parte del influjo de una serie de mediaciones subjetivas y culturales que influyen de manera determinante en la construcción de su identidad. Entre esas mediaciones subjetivas y culturales que organizan tanto la experiencia sensible de las cosas como el conocimiento compartido del mundo, se encuen-

tran el origen sexual, el lenguaje, la familia, la instrucción escolar, el grupo de iguales, el estatus económico y social, las ideologías dominantes y los estilos de vida, que actúan junto a los mensajes de la cultura de masas como referentes simbólicos enormemente eficaces en las conductas, en las actitudes y en los valores de las personas en la sociedad.

En consecuencia, la construcción de las identidades masculinas y femeninas en las sociedades humanas ya no es sólo el efecto natural e inevitable del azar biológico, sino también, y sobre todo, del influjo cultural (y en consecuencia sujeto a cambios) y de una serie de factores económicos, familiares, escolares, ideológicos y sociales. Dicho de otra manera: los hombres y las mujeres son diferentes no sólo porque tienen un sexo inicial distinto, sino también porque su socialización es diversa, ya que a partir de las diferencias sexuales se construyen culturalmente entre unos y otras desigualdades personales y sociales.

No hay una esencia femenina ni una esencia masculina, no somos esencias únicas y singulares, sino existencias diversas y plurales. Por ello, indagar sobre la naturaleza de esas mediaciones subjetivas y culturales y sobre su influencia en la construcción de las identidades femeninas y masculinas resulta una tarea ética ineludible si deseamos construir un mundo en el que las diferencias sexuales no constituyan el burdo argumento con el que se justifiquen las desigualdades personales y sociales entre hombre y mujer.

En este contexto cobra una especial relevancia la indagación sobre el papel que desempeña el lenguaje (tanto en las interacciones

verbales como en los contextos de la cultura de masas) no sólo en la comunicación entre las personas, sino también en su representación del mundo y en la regulación de las conductas humanas. Es probable que los textos de la cultura popular constituyan una pedagogía más poderosa que todos los conocimientos y destrezas, en general descontextualizados, que se enseñan en las instituciones formales de enseñanza. Desde este punto de vista, el lenguaje y los textos de la cultura de masas no son sólo una herramienta de comunicación, sino también, y a menudo, un instrumento de poder y de opresión.

Rol masculino

En la cultura occidental los varones desde pequeños están marcados por una serie de exigencias de rendimiento y responsabilidades, incluso de obligaciones de carácter ritual que contribuyen al desarrollo de la masculinidad y que, por supuesto, repercuten en la vida sexual (Callirgos, 2004). La socialización contribuye a la formación de una identidad masculina en dos aspectos: por una parte, se reducen las diferencias personales potenciales entre los individuos varones, uniformándolos en torno a un modelo de sujeto masculino; y, por el otro, se aumentan las diferencias con las mujeres. Además, la consigna básica de esta construcción social en la importancia de ser varón radica en que:

ser varón en una sociedad patriarcal es importante... ser varón es ser siempre importante porque las mujeres no lo son;

en otro aspecto, ser varón es ser importante porque comunica con lo importante, ya que todo lo importante es definido como masculino (Kaufman, 1989).

Mucho de lo que se asocia con la masculinidad gira sobre la capacidad del hombre para ejercer poder y control. Está claro, como lo dice Foucault (1983), que la masculinidad se apoya en estrategias de poder, porque como lo afirma Subirats (1999: 23): “Los seres humanos no se constituyen como mujeres u hombres, únicamente en función del sexo. ...la identidad genérica tiene una naturaleza de carácter social”. Cuando las sociedades crean roles y patrones de comportamiento distintos para hombres y mujeres, prescriben sobre todo lo que el hombre genéricamente debe ejercer y lo que debe ejercer son estrategias de poder.

Ya algunas investigaciones dentro del ámbito educativo señalan que los que ejercen poder y tienen mayores oportunidades son los hombres y que algunas familias muestran una mayor preferencia para que sean los hijos varones quienes estudien, quienes lleven el control y lo ejerzan sobre las mujeres; también llegan a la conclusión de que las estrategias de poder manejadas por el varón son consecuencia “natural” durante el proceso discursivo entre un hombre y una mujer (Revilla y Carrillo, 2004). Ya Foucault (1990) había hecho evidente que en el discurso existe una relación de poder por parte del hombre y una actitud de sumisión por parte de la mujer. Para explicar este tipo de estrategias de poder de acuerdo con Foucault, se dice que existen múltiples factores que lo deter-

minan, en donde se supone cierta forma de racionalidad y no de violencia instrumental.

La masculinidad gira en el hombre alrededor de esa capacidad de ejercer esas estrategias de poder y de saber. Se puede llegar a la conclusión, junto con autores como Connell, que: "...la transformación de la masculinidad hegemónica y complaciente, no tiene en absoluto que ver con el lastre de una esencia natural de lo masculino, sino con el vínculo cultural entre masculinidad y poder" (2003: 13).

Los estudios psicoanalíticos, principalmente los de Chodorow (1971), demostraron que los niños (varones) crean y preservan su masculinidad a través del miedo y del rechazo de todo lo que se puede interpretar como femenino; así, "...la mayoría de los niños sienten la necesidad de distanciarse de los dichos o hechos que sean propios de las niñas, y hasta de las niñas mismas, a fin de poder afirmar su masculinidad" (Chodorow, 1971: 182).

Así entonces resulta que para los niños (varones) hay básicamente una tesis de masculinidad, al definirla como "lo no femenino". Esta tesis les permite compensar sus debilidades, seguridades y ambivalencias acerca de ser hombres en los términos femeninos. Una segunda tesis se da por la vía del hostigamiento y una franca manifestación de su desprecio por las niñas, lo cual tiende a generar la violencia hacia lo femenino.

Sin embargo, a pesar de que todas las sociedades cuentan con registros culturales de género, no todas tienen el concepto masculinidad. En su uso moderno, el término asume que la propia con-

ducta es resultado del tipo de persona que se es; es decir, una persona no masculina se comportaría de diferente manera: sería pacífica en lugar de violenta, conciliatoria en lugar de dominante, casi incapaz de dar un puntapié a una pelota de fútbol, indiferente en la conquista sexual y así sucesivamente. Esta concepción presupone una creencia en las diferencias individuales y en la acción personal, pero el concepto es también inherentemente relacional. La masculinidad existe sólo en contraste con la feminidad. Una cultura que no trata a las mujeres y a los hombres como portadores de tipos de carácter polarizados, por lo menos, en principio, no tiene un concepto de masculinidad en el sentido de la cultura moderna europea/americana.

Así, nacido de una mujer, mecido en un vientre femenino, el niño macho, al contrario de lo que le sucede a la hembra, se ve condenado a marcar diferencias durante la mayor parte de su vida. Sólo puede existir oponiéndose a su madre, a su feminidad, a su condición de bebé pasivo. Para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual (Badinter, 1995: 51).

La agresividad masculina contra las mujeres puede ser una reacción contra la ruptura del lazo primario con la madre, la cual es costosa psíquicamente. La agresividad y el desprecio hacia lo femenino sería muestra de miedo, el miedo que siente el hijo al verse obligado a rechazar la presencia todopoderosa de su madre. La identidad masculina, al ser una identidad por oposición, adquirida y no adscrita, acarrea una dificultad básica: es menos estable y menos

precoz que la feminidad de la niña. En palabras de Badinter (1995: 51): “durante mucho tiempo se ha creído que era un estado primario y natural. De hecho, es segunda, frágil y difícilmente adquirida...”. Por lo mismo, la masculinidad es más importante para los hombres que la feminidad para las mujeres. La masculinidad siempre está bajo sospecha, siempre en duda, existe una exigencia de probar la masculinidad; Callirgos (2004) encuentra este hecho en prácticamente cualquier sociedad —a excepción de dos pequeñas sociedades en las que el concepto de virilidad no existe o es insignificante—.

Los chicos no tienen una frontera precisa de cuándo se convierten en hombres. Por eso mismo, todas las sociedades han desarrollado ritos que marcan el paso de un estatus a otro. La adolescencia es un periodo en el que se necesita afirmar la masculinidad, parte de esto deriva en que algunos jóvenes de clases medias o altas cultiven sus cuerpos y busquen ser diestros en los deportes, especialmente a partir de la instauración de la moda deportiva y la proliferación de los gimnasios y los deportes de aventura. En estos programas se puede apreciar que estas actividades son básicamente masculinas, y en ellas el culto al cuerpo y la exigencia de probar la masculinidad son imperativos. Las mujeres que aparecen en estos programas —o, más bien, sus atributos físicos— parecen desempeñar un papel decorativo o de “recompensa” para quienes muestran arrojo, fuerza y valentía.

Otra etapa del ciclo vital, importante respecto a la masculinidad, se da a partir de la disminución de las capacidades sexuales. En especial, la pérdida de la capacidad de erección puede ser fuente

de conflictos personales, ya que ésta se considera una prueba de poder y masculinidad.

Sin embargo, lo que se presenta como el modelo ideal de hombre no sólo está relacionado con poder sobre las mujeres, sino también con poder ante el mundo: posesión de objetos, poder sobre otros hombres, etc.; pero el acceso a este poder “ante el mundo” es restringido. En una sociedad de esta clase no es casual que los índices de violencia doméstica contra las mujeres, así como de deserción paterna, sean mayores en los sectores de menor acceso al poder.

Las escuelas también son espacios de afirmación de la masculinidad de los jóvenes varones. Las chicas se ajustan más al sistema de premios y castigos propuesto oficialmente por las escuelas, y son quienes obtienen mejores calificaciones y muestran patrones de conducta más acordes con las normas de la escuela; los varones, por su parte, se ajustan a otro sistema de premios y castigos: aquel que fomenta el pasarlo bien, desenvolverse con soltura, ser agresivo, ser “vivo”, fuerte, impositivo, macho, etc. El sujeto que cumpla con estos requerimientos recibirá mayor reconocimiento; en otras palabras, logrará alcanzar mayor prestigio entre sus iguales (Callirgos, 2004). Son los varones quienes se esfuerzan más en manejar símbolos de poder y prestigio. El modelo ideal de joven es el agresivo, abusivo, diestro en los deportes, el que descuida sus estudios y desafía a las autoridades del plantel, el que viste y peina a la moda. Se ven obligados a seguir un modelo que fomenta la violencia y la competitividad entre los iguales, lo cual, en la práctica, significa demostrar hombría en todo momento.

Las mujeres inician su vida adulta de manera más natural, mediante la menstruación, por lo que tienen elementos para fundamentar su identidad femenina, lo que no significa que la propia identidad femenina sea natural. Es una iniciación natural que permite a la jovencita pasar al estadio de mujer; en el caso del hombre, debe haber un aprendizaje, un proceso educativo para sustituir a la naturaleza.

Para Kaufman, durante la adolescencia y la juventud se hace más palpable el dolor y el temor que implican la represión de la “feminidad”. Por ello, los hombres lidian con este dolor interior, paradójicamente, “el dolor emocional que genera la masculinidad obsesiva se reprime mediante un refuerzo de la masculinidad misma” (1989: 39).

Para un niño, el rol del hombre adulto es menos conocido y comprensible; su padre trabaja, en la mayoría de los casos, fuera del hogar, por lo que el hijo no puede observar ni participar en su trabajo. Los niños-varones no están en contacto directo con roles adultos masculinos tangibles, con los que puedan identificarse. El rol de hombre adulto es un misterio para el hijo, quien sabe poco de lo que hace su padre al salir de casa. Además, muchos hombres no se sienten próximos a sus padres (varones); reconocen o recuerdan muy poco haber sido besados, mimados o abrazados por él, aunque sí recuerdan sus castigos y golpes. Un padre-varón como dios, inaccesible, intransigente. Un padre-varón no afectuoso. Como consecuencia, el joven depende más de su grupo de iguales para desfeminizarse y hacerse hombre.

La falta de figura paterna en el hogar es más evidente en sociedades en las cuales las familias con padres (varones) ausentes difícilmente podrían considerarse la excepción a la regla. Especialmente si consideramos que la ausencia del padre no necesariamente tiene que ser física, sino que es también el resultado de una mínima intervención de éste en la crianza y el cuidado de los hijos.

La institución familiar latinoamericana es aún sólida, y no se trata de sociedades “sin padres (varones)”. Sin embargo, con respecto a Perú, Callirgos (2004) cita los siguientes datos: las estadísticas dicen que 23.3% de las familias peruanas tienen a mujeres como cabeza de familia; asimismo, el porcentaje de madres solteras alcanza 7.3% del total de madres. La deserción del padre se agudiza en situaciones de extrema pobreza: hacia 1987, 37% de las familias más pobres de Lima y Callao estaban encabezadas por mujeres. Las cifras ocultan, sin embargo, los casos en los que el padre no está emocionalmente presente en la crianza de sus hijos. No hay peor ausencia que la de quien está presente físicamente.

Para muchos hombres, la responsabilidad de proveer económicamente a su familia y la necesidad de obtener el éxito en su vida profesional y competir, se convierten en imperativos que significan una pesada carga cotidiana. Ésas son las exigencias para probar la masculinidad. Estos procesos se ven favorecidos por estilos de crianza en la cultura occidental, en la cual se ha elaborado la figura de la madre como la principal proveedora de cuidados de los hijos y su fuente primaria de suministros identificadorios. Desde las teorías psicoanalíticas, esto se vio reafirmado por diversos autores que con-

tribuyeron a consolidar aún más este fenómeno. Como señaló hace algunos años Gilligan: “La tendencia de los teóricos del desarrollo a proyectar una imagen masculina, que parece aterradora a la mujer, se remonta al menos a Freud (1905), quien construyó su teoría del desarrollo psicosexual en torno a las experiencias del niño varón...” (1985: 21). Incluso se han apoyado en lo que Badinter (1995) denuncia como el mito del instinto maternal: la hipótesis es que la madre es la única capaz de ocuparse del bebé porque está biológicamente determinada para ello. De acuerdo con este supuesto, la pareja madre-hijo forma una unidad ideal —según Freud, el vínculo más libre de ambivalencia—. Al defender esta idea de la relación exclusiva materno-filial, se legitima también la exclusión del padre de semejante díada, el cual sólo podrá advenir hacia el mundo psíquico del infante mediatizado por su madre.

El amor paternal, del padre varón, tiene como rasgo distintivo que sólo se expresa a distancia. Este concepto de paternidad, absolutamente coherente con las necesidades de la cultura patriarcal y con las necesidades económicas a partir de la revolución industrial en Occidente, reafirma las posiciones no sólo subjetivas, sino también sociales de varones y mujeres: las mujeres en el ámbito privado, los hombres en el ámbito público; las mujeres trabajando en el espacio doméstico, los hombres en el espacio extradoméstico; ellas ejerciendo el poder de los afectos, ellos el poder racional y económico. Ya desde el siglo pasado, con el afianzamiento de la industria en los países occidentales, la figura de la madre en la modernidad se vuelve cada vez más exclusiva y excluyente en la crianza de los

niños (niño y niña), en tanto que la del padre se va alejando cada vez más del entorno familiar. Los valores de la masculinidad que encarna el padre y que eran típicos de la era preindustrial, tales como el honor y la fuerza física, se transforman en los valores del éxito, el logro económico y el ejercicio de un trabajo que justifique su alejamiento de la intimidad familiar y doméstica.

La mayoría de los hombres de mediana edad recuerdan, según el informe Hite sobre la sexualidad masculina (1981), que no tuvieron en sus padres (varones) seres próximos y muy pocos evocan ser abrazados o mimados por ellos; en cambio, sí recuerdan cómo les pegaban o castigaban o se burlaban de los niños (varones) cuando no parecían suficientemente masculinos. Este tipo de ejercicios de la paternidad llevó a que muchos de esos jóvenes no hayan encontrado en él un buen modelo de identificación. Lo buscaron en la ficción literaria, cinematográfica, televisiva o bien en sus semejantes, en los otros jóvenes de su grupo generacional, según refiere dicho informe.

Como resultado de estos procesos, Badinter (1995) se refiere al hombre actual como “mutilado”: en primer lugar se le amputa su feminidad, “dando lugar al hombre duro, al machista que nunca se reconcilia con los valores maternos”. En segundo lugar, los hombres han quedado “huérfanos de padre (varón)”, un proceso de orfandad paterna simbólica para los hombres que les resulta difícil elaborar.

Pero si no se puede asumir que la masculinidad es algo natural, ¿qué significa que las masculinidades estén social e históricamente

construidas? En primer lugar, ayuda a pensar que no hay un solo modelo al que los hombres se tengan que ajustar. Pero esto puede ser aterrador si es que se abren demasiadas opciones a la vez. ¿Con qué bases se supone que diferentes varones tomarán sus propias decisiones? Seidler (2000) hace un análisis interesante a partir del estudio de lo que implica la heterosexualidad normalizada para los varones en la cultura occidental, en particular a partir de la modernidad. Sostiene que, tradicionalmente, ha habido una fuerte identificación entre la masculinidad dominante y la modernidad, que se ha organizado alrededor de una identificación entre masculinidad y razón. Esto permitió dar por sentado que los hombres eran seres racionales y les ha permitido legislar para otros, en lugar de percibirse y hablar de sí mismos de una manera íntima y personal, logrando con esto despersonalizar la experiencia que ellos tienen de sí mismos. La racionalidad de los hombres ha sido definida de manera que los coloca en una categoría aparte de la naturaleza.

Según Seidler (2000), los varones suelen depender de que las mujeres interpreten por ellos sus emociones y sentimientos, sin agradecer ni valorar los esfuerzos que aquéllas tienen que hacer para lograr esa interpretación, porque la suponen “natural” en el género femenino, y se sienten sorprendidos cuando las mujeres se niegan a poner en primer lugar sus vínculos con ellos. Al aprender a replantear sus propias vidas, los hombres han tenido que aprender también a identificar sus necesidades.

Hasta ahora, el hecho de centrarse en el trabajo, en ganar dinero y en obtener éxito les ha alejado de los vínculos emocionales

significativos. La crisis respecto de las nuevas condiciones de su trabajo puede llevar a que muchos hombres se replanteen su posición subjetiva acerca de esos vínculos, con ideas y prácticas diferentes respecto de los cuidados hacia los otros y de la igualdad. No es una tarea fácil, pero sigue siendo vital para el replanteamiento de las masculinidades. Es algo que los hombres apenas están comenzando a hacer. Pero lo que otorga verdaderas oportunidades de poder en las sociedades son las habilidades instrumentales, no las expresivas —que a lo sumo llevan a tener influencia, pero no poder ni autoridad—. Se ha observado un avance notable entre las mujeres, que han ingresado al mercado laboral masivamente, ocupando posiciones cada vez más elevadas de prestigio y autoridad. Pero en el campo de la vida familiar siguen siendo las principales responsables de los roles domésticos tradicionales.

Las normas sociales predominantes que acompañan a cada ser humano desde el nacimiento dicen que los hombres no sólo tienen derecho al amor, a los cuidados y a la dedicación de las mujeres, sino que también tienen derecho a dar rienda suelta a sus necesidades de mujeres y a la libertad de reservarse para sí mismos. Las mujeres, por su parte, tienen, hoy en día, derecho a entregarse libremente, pero una libertad muy restringida de reservarse para sí mismas.

Familia y socialización

Padres y madres, escuelas y sociedad entera “conspiran” para enseñar los roles de género apropiados según el sexo. Se ha descubierto

que los padres (madre y padre) reaccionan de forma más favorable cuando su hijo realiza una conducta acorde con lo que se espera según su sexo y negativamente cuando realiza alguna conducta no apropiada al sexo al que pertenece. De tal modo que los niños (niño y niña) a los tres años ya han aprendido algunas conductas específicas que se esperan según sean niños o niñas.

Posteriormente, en las guarderías se ve a las niñas jugar con muñecas o jugar a la comidita, mientras los niños (varones) juegan con camiones o soldados. Alrededor de los cinco y siete años, los niños (niño y niña) aprenden lo que Kohlberg (1981) llama “conservación del género”, que consiste en que el niño(a) se da cuenta de que siempre será hombre o mujer.

Más adelante, en la adolescencia, los roles de género alcanzan mayor importancia; las adolescentes, aun cuando tengan puntos de vista feministas, no deben ofender a los hombres siendo demasiado intelectuales o agresivas, esto podría causar que los chicos no las inviten a salir. En un estudio hecho con adolescentes se encontró que las hijas de madres que trabajan fuera del hogar tienen actitudes menos tradicionales sobre los roles de género que las hijas de madres que no trabajan. Con esto queda clara la relación tan fuerte que existe entre la familia y el individuo como transmisor de los roles sexuales.

Muchas veces las mujeres son las principales transmisoras de los roles de género y sexuales, así también como el hecho de que es el núcleo familiar el que contribuye esencialmente en esta transmisión como socializador primario.

Se puede concluir que, de acuerdo con Cruz (2004: 5), “Las formas de experimentar la sexualidad se encuentran estrechamente relacionadas con la formación de la identidad y las formas que determinan la familia, la iglesia y la escuela, entre otras instituciones”.

Lo que es indudable es que los niños (niño y niña) obtienen información de diferentes fuentes básicas, que al menos son los padres (madre y padre), las comunidades locales y los grupos de compañeros, el inicio temprano en la escuela y los medios de comunicación masiva.

Otros factores que afectan el conocimiento de los niños (varones) y hace para ellos aceptable lo que es correcto e incorrecto en la conducta relacionada al género son la forma en que los niños y las niñas, las mujeres y los hombres son vistos en una comunidad local; los roles que se espera que jueguen; las actitudes y las conductas que se espera que exhiban; además de los puntos de vista de sus compañeros de grupo.

Las teorías sobre los roles sexuales han recomendado que a los niños (niño y niña) se les provea de un medio ambiente no sexista y que eso es suficiente para que los niños (niño y niña) tomen conductas de género no convencionales. En contraste, los estudios de género sugieren que para los niños (niño y niña) es deseable que se les demuestre públicamente que ellos son claramente un niño y una niña y que requieren intervenciones activas por parte de los adultos para ayudarlos a entender la gran variedad de conductas que son aceptables.

En las tres últimas décadas, los padres (madre y padre) han sido cada vez más reconocidos como generadores del desarrollo de sus hijos. El impacto de los padres (madre y padre) sobre el desarrollo de la identidad de género ha sido un tema importante. Las investigaciones han arrojado datos acerca de la influencia de la crianza y de la competencia de los padres (madre y padre) en el desarrollo de la identidad de género de los hijos. El desarrollo de los roles sexuales y de la identidad de género de los niños (niño y niña) ha sido el centro de la atención de las investigaciones empíricas durante las últimas décadas. Los investigadores asumen que los padres (madre y padre) son significativos para el desarrollo de los roles sexuales y de género apropiado de sus hijos. Los estudios realizados de 1940 hasta 1960 evaluaban la masculinidad en los padres (varones) y en los niños (varones) y de esta manera determinaban qué tan fuertemente las dos se encontraban correlacionadas. Sobre todo, estas investigaciones tempranas sobre la paternidad encontraron que los padres (madre y padre) masculinos tendían a tener hijos masculinos.

Los estudios sobre padres (madre y padre) se han limitado y se han enfocado primordialmente en el papel de los padres (madre y padre) en el desarrollo cognoscitivo, el desarrollo emocional, las ejecuciones académicas y el desarrollo moral de los niños (niño y niña). Poco se conoce acerca de los padres (varones) y su influencia sobre la identidad de género de los niños (niño y niña). Además, muchos estudios se han centrado en la infancia temprana. En general, la investigación ha examinado el desarrollo del rol sexual y de

identidad de género de los niños (niño y niña) usando el modelo de déficit (es decir, el impacto de la ausencia del padre-varón). Pocos estudios han investigado la relación entre la identidad de género de los niños (niño y niña) y la involucración de los padres (madre y padre) en el cuidado de los niños (niño y niña), especialmente en la preadolescencia y en la temprana adolescencia.

Bibliografía

- BADINTER, Elizabeth. XY: *On Masculine Identity*. Columbia University Press, Nueva York, 1995.
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona, 2003.
- CALLIRGOS, Juan Carlos. *Sobre héroes y batallas*. Universidad Pontificia del Perú, Lima, 2004.
- CASTAÑEDA, Marina. *El machismo invisible*. Diana, México, 2003.
- COLTRANE, Scott. "Theorizing Masculinities", en BROD, Harry y Michael KAUFMAN (eds.). *La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea*. Sage Publications, Los Ángeles, 1994, pp. 32-76.
- CONNELL, Robert (2003). "La organización social de la masculinidad", en LOMAS, Carlos (comp.). *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. Paidós, Buenos Aires, 2003, pp. 11-31.
- CRUZ SIERRA, Salvador. "Masculinidad y diversidad sexual", en *Memoria del Primer Coloquio Internacional de Investigación sobre Masculinidades*. BUAP, Puebla, junio, 2004.
- CHODOROW, Nancy. "Think and Doing; Across Cultural Examination of the Socialization of Females and Males", en B. CORNICK, B. y C. K.

- MORAN (comps.). *Woman in Sexist Society*. Basic Books, Nueva York, 1971, pp. 181-189.
- FOUCAULT, Michel. *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós-Ibérica, Barcelona, 1990.
- *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Tusquets, Barcelona, 1983.
- *Historia de la sexualidad*. Siglo XXI, México, 1983.
- GILLIGAN, Carol. *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. Trad. de Juan José Utrilla. FCE, México, 1985.
- HITE, Shere. *El informe Hite. Estudio sobre la sexualidad masculina*. Punto de Lectura, Madrid, 1981.
- JORDAN, Ellen. “Los niños (niño y niña) peleoneros y sus fantasías lúdicas. La construcción de la masculinidad en la temprana edad escolar”, en BELAUSTEGUIGOITIA, Marisa y Araceli MINGO (eds.). *Géneros prófugos. Feminismo y educación*. PUEG-UNAM, México, 1999, pp. 225-249.
- KÁISER Family Foundation. <http://www.kff.org/youthhivstds/3309-index.cfm>, 22 de octubre de 2004.
- KAUFMAN. *Hombres, placer, poder y cambio*. CIDAF, Santo Domingo, 1989.
- KOHLBERG, Lawrence. *The Philosophy of Moral Development*. Harper and Row, San Francisco, 1981.
- NÚÑEZ NORIEGA, Guillermo. “La diversidad sexual y amorosa”. Material inédito reproducido en el curso “Teoría queer”. CIESAS-Golfo, Jalapa, 1 al 8 de agosto de 2005.
- REMLINGER, K. “Widening the Lens of Language and Gender Research: Integrating Critical Discourse Analysis and Cultural Practice Theory”. *Linguistik On-Line*, 1999.

- REVILLA FAJARDO, Jorge A. y Carlos David CARRILLO TRUJILLO (eds.). "Representaciones sociales de masculinidad-feminidad y estrategias de poder entre un hombre y una mujer universitarios", en *Memoria. VII Conferencia Internacional sobre Representaciones Sociales*. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2004, pp. 304-305.
- SEIDLER, Víctor. *La sinrazón masculina*. Paidós-PUEG-UNAM, México, 2000.
- SUBIRATS, Marina y Cristina BRULLET. "Rosa y azul. La transmisión de los géneros en la escuela mixta", en BELAUSTEGUIGOITIA, Marisa y Araceli MINGO (eds.). *Géneros prófugos. Feminismo y educación*. PUEG-UNAM, México, 1999, pp. 189-223.
- . "Género y escuela", en LOMAS, Carlos (ed.). *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*. Paidós-Ibérica, Barcelona, 1999, pp. 19-31.
- WEEKS, Jeffrey. "La construcción cultural de las sexualidades", en SZAZS, Ivonne y Susana LERNER (comps.). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. El Colegio de México, México, 1998, pp. 175-197.